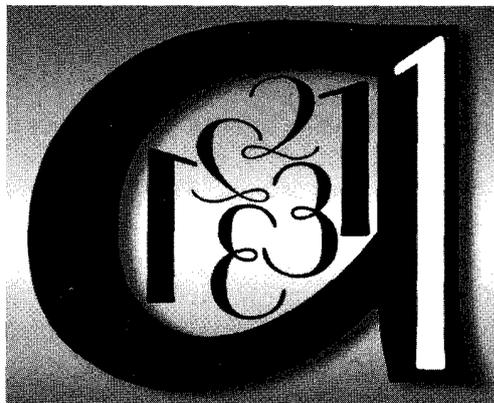


Calle, Emilio

Imaginando rutas

Huerga y Fierro

MADRID, 1999



« En cualquier tiempo, lugar o ciclo de la historia, han existido hombres que han sentido el impulso de entregarse al trabajo de crear, pero que luego declinan la responsabilidad de convertirse en autores. ¿Cómo se puede explicar esto? Los motivos pueden ser varios. Falta de fe en la obra, desprecio por lo que se hace, el aterrador virus de la timidez...»

Polvo serás..., Emilio Calle.

Emilio Calle es un autor que, desde los años ochenta, colabora con el periódico español *El País*, en su revista de pasatiempos; en ella, publica una sección de relatos breves de corte policiaco llamada «Tras la pista» que tiene ya muchos seguidores entre los lectores del semanario que esperan, ávidamente, los enigmas que él les propone. Publicó en 1995 una novela

—*Linda maestra*— en Ediciones Libertarias y también ha publicado varios cuentos en revistas y periódicos mexicanos como *El Acordeón* de la Universidad Pedagógica y *El Nacional* y en el semanario —entonces soviético— *El cocodrilo*.

La búsqueda de nuevas rutas estéticas para exorcizar sus personales fan-

tasmas parece ser el hilo conductor de este sorprendente conjunto de cuentos, aparecido en Madrid a finales del pasado año. En *Imaginando rutas*, aun cuando la influencia de Ray Bradbury aparece desde el propio epígrafe de la obra —«Date prisa. No te muevas. Es la lección de la lagartija»— la personalísima lectura del mismo que hace Emilio Calle no deja lugar a dudas.

Para las almas presas fáciles del género que se ha dado en llamar ciencia-ficción, este libro es un regalo inapreciable por la inteligencia y sensibilidad con la que está concebido y estructurado.

Durante un itinerario de dieciséis relatos, Emilio Calle logra atrapar al lector que no puede dejar de transitar

por el libro hasta llegar al punto final del mismo. La factura y trama de los cuentos es muy variada pero la mezcla de horror, ternura, ironía y, ¿por qué no?, sarcasmo unifican el tono de todos ellos. El ritmo es tan ágil que ni siquiera los contrapuntos que se permite el autor en casi todos los relatos rompen la cadencia de los mismos. Su excelente conocimiento y manejo de la prosa permite al autor, tanto poblar el libro de osadas, tiernas y, a veces, irreverentes metáforas que dejan al lector realmente sorprendido, como jugar con variadísimos recursos estilísticos, de modo que, en ocasiones, el lector se encuentra dialogando con el autor o escuchando sus propias reflexiones en torno a la construcción misma del relato, recursos estos que provocan una suerte de complicidad que, necesariamente, nos termina por envolver e involucrar en su particular modo de ver y apreciar el mundo que nos rodea.

Ángeles caídos, hadas «rebeldes» que «aman la travesura y el desconcierto», cartógrafos enigmáticos, románticos personajes de carne y hueso sublimados por sus propias vidas incompatibles con los tiempos que nos ha tocado vivir, incluso simples zánganos, conjugado todo ello con premoniciones y ensueños, pueblan la aventura fantástica de esta obra que nunca deja de transitar por los terrenos de lo inexplicable y maravilloso.

Los desenlaces de los cuentos, siempre desconcertantes, pero al mismo tiempo comprensibles, provocan que, una vez finalizada la lectura, no se pueda dejar de recordarla.

Tras concluir la obra, el lector difícilmente podrá volver a ver con los mismos ojos los objetos —un simple y vulgar encendedor, por ejemplo— o la misma realidad que nos rodea, pues nos deja un sabor de boca agridulce y un extraño y sugestivo desasosiego en el corazón.



CRISTINA SIMÓN RUIZ